

PAZ VELASCO DE LA FUENTE

HOMO

EL CRIMEN A UN CLIC:

CRIMI

LOS NUEVOS RIESGOS

NALIS

DE LA SOCIEDAD ACTUAL

Ariel

Paz Velasco de la Fuente

Homo criminalis

El crimen a un clic:
los nuevos riesgos de la sociedad actual

Ariel

Primera edición: marzo de 2021

© 2021, Paz Velasco de la Fuente

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3329-8

Depósito legal: B. 2.822-2021

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

1. Homo criminalis: el homicidio como parte de la historia de la humanidad.	13
2. ¿Ha dado forma la modernidad al asesino en serie? . . .	35
3. Comunicaciones de los asesinos relacionadas con sus crímenes	55
4. Efecto <i>copycat killers</i> : imitadores de asesinos	75
5. «Monkey see, monkey do»: ¿influyen los <i>mass media</i> en el efecto imitación?.	93
6. <i>Snuff movies</i> : representación visual de un asesinato. ¿Qué se esconde tras la leyenda urbana?	113
7. <i>Incels</i> : celibato involuntario, misoginia online y violencia en masa	131
8. Un fenómeno moderno: ¿la psicopatía facilita el éxito profesional y el liderazgo?	147
9. Asesinos de alquiler: mercantilizando la muerte	167
10. Profesionales de la muerte: ¿por qué un sicario no es un asesino en serie?	187
11. Parafilias: preferencias sexuales (anómalas), patologías y delitos sexuales.	207
12. Parafilias (clínicas) letales: criminalidad sexual, homicidio sexual y sadismo	229
13. La Dalia Negra: la gran paradoja del mal	251
14. El rol de las fantasías sexuales (desviadas): guion criminal de los asesinos en serie.	269
15. Ladrones de inocencia: pedófilos frente a pederastas . .	289

16. Pedófilos online: material de explotación sexual infantil (MESI). Niños atrapados en la red	315
17. Ciberespacio: la nueva escena del crimen.	343
18. Cibercriminalidad social: victimización interpersonal online. El ciberacoso	361
19. Tienes una nueva solicitud de amistad: el ciberacosador y sus víctimas	383
20. Delinquiendo en gerundio: <i>stalking, bullying, mobbing</i> . El acoso en otros ámbitos.	399
<i>Agradecimientos</i>	419
<i>Notas</i>	421
<i>Bibliografía</i>	453

Homo criminalis: el homicidio¹ como parte de la historia de la humanidad

Cierren los ojos un instante y piensen si alguna vez han contemplado la posibilidad de asesinar a alguien. ¿Sabían cuántas personas en promedio han pensado, han contemplado la posibilidad de asesinar a alguien? Más de un 90 % de los hombres y un 84 % de las mujeres.

EDUARD PUNSET,
entrevista a David Buss²

Quizá nos hemos olvidado de lo peligrosa que era la vida en otros momentos de nuestro pasado, o quizá la memoria cultural ha blanqueado nuestros recuerdos hasta borrarlos. La violencia, la crueldad, la brutalidad y el asesinato han convivido a diario con nuestros antepasados en guerras, genocidios, ejecuciones públicas, caza de brujas, sacrificios rituales y muertes institucionales.

Como ejemplo, el símbolo emblemático del Imperio romano. En el Coliseo de Roma murieron miles de personas ante una enfebrecida audiencia que consumía en masa auténtica crueldad: mujeres desnudas violadas ante los vítores del público, hombres y mujeres atados que servían de alimento a fieras hambrientas, prisioneros que luchaban a muerte para sobrevivir, mutilaciones en directo, o la representación de relatos mitológicos como el de Prometeo en el que un hombre era encadenado y un águila adiestrada le arrancaba el hígado. Pan y

circo. Siglos después llegó la tortura institucionalizada a herejes y la quema de miles de mujeres acusadas de brujería en Europa entre 1450 y 1650. Un momento de nuestra historia en el que el brazo de la Iglesia y las supersticiones ancestrales acabaron, de nuevo, con la vida de millones de personas inocentes.

Son solo dos ejemplos de la ferocidad de nuestro pasado.

Pensar que hay monstruos sueltos por el mundo es mucho más sencillo que aceptar que los verdaderos monstruos habitan en nosotros. De esta manera tratamos de minimizar nuestra capacidad para hacer daño a otros porque nuestro raciocinio busca a esos malvados entre los demás, quedando así nuestra conciencia más tranquila. Al pensar que somos buenos, estamos subestimando nuestra capacidad de hacer daño a otras personas, convenciéndonos a nosotros mismos de que los asesinos son hombres y mujeres inadaptados con claras patologías que los llevan a matar. Sin embargo, en la gran mayoría de los casos, estos crímenes los perpetran personas que, hasta ese día, nos parecían absolutamente corrientes, adaptadas socialmente y con la apariencia de ser bondadosas e inofensivas. Pero no nos engañemos. Todos los monstruos que nos rodean son humanos.

En el pasado, la capacidad de matar de la que nos ha dotado nuestra naturaleza fue una herramienta para que sobreviéramos, y en el presente seguimos matando por muy diferentes motivos; el trabajo del criminólogo, por tanto, es seguir investigando el porqué. ¿Acaso todos nosotros nacemos siendo *asesinos potenciales*, estando esa capacidad latente y siendo inherente a nuestra propia humanidad?, o, por el contrario, ¿las experiencias vividas, los traumas y trastornos mentales que marcan nuestras vivencias convierten a algunos sujetos en asesinos?

La agresión humana y la violencia son productos de la historia evolutiva de la especie, siendo respuestas efectivas a los desafíos a los que se enfrentaron nuestros antepasados ancestrales en sus diferentes entornos.³

Los humanos matan por diferentes razones y variados motivos. En ocasiones lo hacen para lograr sus metas, objetivos o fantasías; en otros casos, para proteger a sus familias, para obtener cosas que creen que necesitan sin importar el precio, y la mayoría de las veces «para lidiar con emociones tan básicas como la ira, los celos, la lujuria y la codicia, la traición y el orgullo».⁴ A este respecto, David Buss, uno de los fundadores de la psicología evolutiva, afirma de modo metafórico, que son las pasiones las que nos motivan para cometer un asesinato.⁵

Un estudio llevado a cabo en 2007 sobre 336 homicidas⁶ afirma que el homicidio está lejos de ser un comportamiento homogéneo, del mismo modo que tampoco lo son los homicidas. Influyen diferentes motivaciones, diferente demografía, diferentes rasgos de personalidad y elementos ambientales dispares. Así, no solo influirán distintos factores, sino que habrá múltiples combinaciones que lleven a un sujeto a matar a una persona. Este mismo estudio señala que la mayoría de los homicidios pueden corresponder a una de estas tipologías:

- Homicidio como consecuencia de altercados, discusiones, peleas, etc.
- Homicidio cuyo objetivo no es la acción en sí misma, sino la consecuencia. Es decir, cuando intencionadamente se mata a otra persona mientras se lleva a cabo otro delito: un robo, un secuestro o una agresión sexual. En estos casos, el objetivo final no es matar, sino tener acceso a otros bienes.
- Homicidios cometidos en el entorno familiar: pareja, hijos u otro miembro del núcleo familiar. Aquí entran en juego tanto las emociones como el poder que tienen las relaciones humanas.
- Homicidio accidental.

La violencia puede ser una de las vías escogidas por el ser humano para dar respuesta a las necesidades, estímulos o emo-

ciones que nos mueven a diario, como la insatisfacción, el placer, el odio, el dinero, la traición, la ira, el poder o la venganza. En otros casos, nos encontramos con personas que están menos preparadas psicológicamente para el fracaso y, aunque algunas pueden lidiar con él de una manera positiva, a otros les es imposible⁷ y su respuesta está cargada de violencia. Algunos pueden responder violentamente ante la frustración y la impotencia que les genera la imposibilidad de cumplir una determinada expectativa.

Pero... ¿y si la violencia es el instrumento gracias al cual hemos sobrevivido y evolucionado como especie? Determinadas conductas como el homicidio, el asesinato, la violencia no letal, el robo o el hurto son respuestas a problemas evolutivos recurrentes que han aparecido una y otra vez a lo largo de nuestra historia.⁸ Con el tiempo, hemos ido desarrollando adaptaciones situacionales complejas que suponen un coste en determinados aspectos para otros sujetos pero que ayudan a resolver muchos problemas para nuestra supervivencia.⁹ Por ejemplo, defenderse de los ataques de otros, apropiarse de recursos ajenos, confrontar a rivales sexuales, etc.

Donald Black, sociólogo de la Universidad de Virginia, afirma que casi toda la violencia tiene que ver con cuestiones que el homicida percibe como situaciones injustas: honor, infidelidad, reyertas o legítima defensa. La base de esta violencia es un conflicto interpersonal o violencia moralizante, como él la denomina. Sin embargo, solo un 10% tiene realmente una finalidad práctica, como el robo o las agresiones sexuales (violencia predatoria).¹⁰

¿Podemos considerar que el homicidio y el asesinato forman parte de la historia de la humanidad y de nuestra propia naturaleza? Para responder a esta cuestión, tenemos que alejarnos de los conceptos jurídicos y de los conceptos psicológicos, psiquiátricos y criminológicos de asesinato de la era moderna.

En las sociedades cazadoras-recolectoras,¹¹ nuestros antepasados violaron, asesinaron y se alimentaron de otros sujetos dentro de su proceso evolutivo, como cualquier otra especie depredadora. En la Edad de Piedra, mataron (y mucho) durante miles de años como *modus vivendi*, en un mundo donde primaba la supervivencia del más apto, hasta que finalmente surgimos como especie indiscutible. La territorialidad y el comportamiento social contribuyeron a que el nivel de violencia en la Prehistoria fuese letal. Como dice el historiador Peter Vronsky, especialista en investigación criminal, «la madre naturaleza es una psicópata cruel, con poca empatía por el sufrimiento y el dolor de su progenie».¹²

Hace tan solo 10.000 años que terminamos de establecernos. Abandonamos la caza y la recolección para ser agricultores y comenzar a desarrollarnos socialmente. Como especie, hemos sido asesinos durante mucho más tiempo de lo que ha sido socialmente inaceptable.¹³ El *Homo sapiens*, hace 200.000 años, invadió Europa y Asia. Algunos historiadores y antropólogos afirmaron que los *Sapiens* mantuvieron una lucha armada y muy cruenta contra los *Homo neanderthalensis*, siendo los causantes de su desaparición hace 40.000 años. Sin embargo, estudios como los publicados en 2019 en la revista científica *PLoS one*¹⁴ (Universidad Tecnológica de Eindhoven) o en *Nature Communication*¹⁵ (Universidad de Stanford) afirman que la extinción de los neandertales se debió a causas como la endogamia, el llamado efecto Allee,¹⁶ por las fluctuaciones naturales de las defunciones y la natalidad, así como por la transmisión de enfermedades propagadas por los *sapiens*.

Lorenz (1963), médico austríaco que estudió el comportamiento animal, determinó que cuanto más poderosa es la capacidad de matar de una especie, más intensa es su inhibición instintiva de agredir a otro de su misma especie. En raras ocasiones, depredadores como águilas, tiburones o leones se matan entre sí. Sin embargo, otros animales como las ratas, las palomas o la suricata¹⁷ son muy violentas con su propia especie. Y luego está el ser humano, que no solo mata a rivales y a enemigos, sino que también acaba con la vida de personas

inocentes, de miembros de su familia o de desconocidos por muy diferentes razones. Incluso por el placer de hacerlo o simplemente porque puede hacerlo.

La violencia está presente desde nuestros ancestros. Y esta propensión a la violencia se hereda,¹⁸ lo que no quiere decir que no sepamos controlarla. La evolución ha ido dando forma a la violencia humana y la violencia prehistórica ha ido cambiando a lo largo del tiempo ya que esta se ha modulado a través de la cultura. Así, la violencia humana puede verse como una estrategia adaptativa y de supervivencia.

Daly y Margo, en su libro *Homicide* (1989), afirman que ha existido un índice altísimo de muertes violentas en aquellas sociedades sin estado, y que la tasa de homicidios ha disminuido desde la Edad Media hasta la actualidad. Además, otros factores que han influido directamente en este descenso son la abolición de la esclavitud y de los castigos crueles, el cese de asesinatos basados en las supersticiones y el fin de las torturas judiciales. Con el paso del tiempo, la disminución de la violencia y de los actos homicidas ha caminado junto a la intolerancia y la glorificación de esta.

En la Edad Media, cerca del 10 % de los seres humanos murieron a manos de otros hombres. El filósofo inglés Thomas Hobbes (1588-1679) afirmó que, en el siglo xvii, los humanos vivían con miedo y en peligro constante de ser víctimas de una muerte violenta a manos de otra persona. La última investigación de Gómez y sus colaboradores publicada en la revista *Nature* en 2016¹⁹ destaca que los humanos hemos evolucionado con una propensión a matarnos los unos a los otros, que es seis veces mayor a la del mamífero promedio. Además, afirman que somos propensos a llevar a cabo períodos temporales de una extrema violencia, como entre el año 1200 y 1500 en las Américas. En trescientos años, más del 25 % de la población fue asesinada. La tasa de homicidios en la América colonial en el siglo xviii fue de 30 asesinatos por cada 100.000 personas; en Estados Unidos en los años noventa, la tasa fue de 10 por cada 100.000.²⁰

Históricamente, matar confería grandes beneficios: prevenía una muerte prematura a manos de otro, eliminaba rivales que salían muy costosos, ayudaba a obtener recursos, abortaba la descendencia de los enemigos, eliminaba a los hijastros y apartaba a futuros rivales de los propios hijos.²¹

Durante siglos, la sociedad consideró que determinados asesinos eran seres sobrenaturales envueltos en mitos y leyendas. Véase el caso de los vampiros, los hombres lobo y las brujas. Se llegó a hablar incluso de endemoniados y poseídos. En otros casos, razones más humanas como los celos, el odio, la venganza, el poder, el honor o la riqueza justifican esta acción. Pero en ningún momento se llegaron a plantear que el asesinato tuviera una base patológica. Fue con la llegada del racionalismo formulado por René Descartes (1596-1650), cuando determinados comportamientos humanos (asesinatos sexuales, sádicos, canibalismo, necrofilia, etc.) empezaron a considerarse una perversión, llegando a definirlos como comportamientos atávicos primitivos. Fue Cesare Lombroso (1835-1909) quien argumentó que **el asesinato era un fracaso de nuestra evolución**, de modo que los asesinos y otros tipos de delincuentes violentos eran un retroceso a nuestros antecesores prehistóricos. Sin embargo, su teoría fracasó ya que defendía un determinismo criminal basado en características genéticas hereditarias que se hacían visibles en unos rasgos físicos concretos. Posteriormente, Alexandre Lacassagne (1843-1924) argumentó que los delincuentes no nacen, sino que se hacen a través de circunstancias sociales y psicológicas.

Nacemos sin civilizar, sin educar. A pesar de que la biología juega un papel importante en la conducta criminal, finalmente es nuestra socialización, nuestra crianza, el entorno en el que nos desarrollamos, los rasgos de personalidad y nuestra propia evolución lo que nos facilita una serie de inhibidores que evi-

tan que sigamos matándonos al ritmo que lo hacíamos en la Prehistoria.

Las predisposiciones no nos convierten en asesinos, son las decisiones que tomamos las que lo hacen. Pretender predecir con exactitud una respuesta homicida es inconsistente porque si algo define nuestra conducta como seres humanos es su impredecibilidad, ya que nuestra estructura mental es muy compleja y se encuentra sujeta a una gran variedad de estímulos externos. Todos estos factores, por lo tanto, desempeñan un papel importante tanto en la activación de una respuesta violenta (homicida) como en su inhibición.

Los homicidios generan más muertes que los conflictos armados, según el informe de la Agencia de Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC, 2019).²² En 2017, más de 464.000 personas murieron por causas violentas. Es una cifra mucho mayor que la de personas que murieron en los conflictos armados, que fue de 89.000. Los datos de este informe muestran una realidad preocupante y es la cantidad de personas que mueren violentamente a manos de otras en el siglo XXI. Países como Venezuela, Papúa Nueva Guinea, Honduras, Sudáfrica, Afganistán, Trinidad Tobago o Brasil están a la cabeza de esta lista.²³

LOS ÁNGELES QUE LLEVAMOS DENTRO:

UN ESTUDIO SOBRE LA VIOLENCIA DEL SER HUMANO

Las investigaciones del psicólogo y científico cognitivo Steven Pinker acerca del predominio de la violencia a lo largo de la historia le han llevado a concluir que, a pesar de las guerras actuales, en nuestras sociedades modernas la violencia ha disminuido considerablemente respecto a momentos históricos pretéritos. Es más, afirma que vivimos en «la época más pacífica de la existencia de nuestra especie».²⁴ A pesar de que gran parte de la sociedad cree que la violencia ha aumentado, esto se debe a cómo y a cuántas veces es representada a través de los diferentes medios de comunicación y de internet: «Si

hay sangre, muéstralo». Siempre habrá suficientes noticias de muertes violentas a nuestro alcance, pero la impresión que la sociedad tiene al respecto no coincide con las proporciones reales de esta.

Hay determinados «fenómenos históricos» que han contribuido a que el nivel de violencia haya descendido:

- El nacimiento del Estado, que llevó a monopolizar la violencia y el castigo.
- El comercio, que evitó la gran cantidad de robos, asaltos y saqueos.
- El progresivo proceso de respeto, concesión de derechos, igualdad y valores a las mujeres en las diferentes culturas (a pesar de las gravísimas excepciones que siguen existiendo en determinados países, y del gran número de mujeres que mueren a manos de sus parejas o exparejas cada día en todo el mundo).
- La comprensión y adopción de puntos de vista de las diferentes culturas y sociedades y la racionalización y el conocimiento de la conducta humana.

En la actualidad, a pesar del índice de homicidios en el mundo, la modernización de nuestras sociedades nos ha llevado a ser menos violentos, sobre todo a nivel interpersonal. Determinados momentos de nuestra historia han estado caracterizados por niveles muy altos de violencia, pero este nivel ha ido disminuyendo hasta llegar a la actualidad.

Pinker, experto en explorar la psicología de la violencia, afirma que la agresividad del ser humano es el resultado de diferentes sistemas psicológicos, de modo que no se trata de un impulso único. Considera que hay una serie de **facultades mentales** que predisponen al ser humano a ejercitar diferentes clases de violencia: la ambición del dominio, la violencia depredadora o instrumental, la venganza, el sadismo y la ideología. Creo que en determinados momentos de nuestra historia, estos diferentes tipos de violencia quedaron justificados desde un punto de vista individual e institucional.

Período histórico	Características
Sociedades prehistóricas	La arqueología forense revela que el 15 % de los esqueletos prehistóricos muestran signos de una muerte violenta. Momento más letal de la historia para nosotros mismos
Europa. Finales de la Edad Media	Disminución del homicidio un 10-15 %. Estados, consolidación de territorios feudales en grandes reinos, autoridad centralizada, infraestructura comercial (que evitaba el saqueo). Monopolización de la violencia para evitar que los ciudadanos se matasen entre sí
Siglos XVII-XVIII. Racionalismo e Ilustración	Primeros movimientos para abolir determinadas formas de violencia socialmente aceptadas: duelos, tortura judicial, matanzas basadas en supersticiones, esclavitud, el castigo sádico, pena de muerte pública, etc.
Tras la Segunda Guerra Mundial	Las grandes potencias dejan de hacer la guerra entre ellas. En 1948, tras la Declaración Universal de los Derechos Humanos, crece la aversión social a las agresiones y a la violencia contra las minorías étnicas, los niños, las mujeres, los animales, etc.
A partir de la Guerra Fría de 1989	Disminución de los conflictos bélicos: guerras civiles, genocidios, atentados terroristas, dictaduras, etc. Revolución de los derechos

Fuente: elaboración propia a partir de Pinker, 2012.

También disponemos de una serie de facultades que nos predisponen a la paz, al altruismo, a la cooperación y a crear entornos seguros: *a)* la empatía, entendida como la capacidad de sentir compasión por otras personas; *b)* la moral, como con-

junto de tabúes y normas que rigen las relaciones entre personas que pertenecen a una misma cultura, y que reducen las conductas violentas y homicidas; *c*) la racionalidad, para ejercitar el libre albedrío y decidir sobre nuestras acciones, y *d*) el autocontrol que nos permite inhibir nuestros impulsos en situaciones en las que otros sujetos sí cruzan el límite.

Al revisar los expedientes judiciales de algunos países europeos, los investigadores han llegado a la conclusión de que las tasas de homicidio han ido disminuyendo considerablemente a lo largo de los años.²⁵ Por ejemplo, en Oxford durante el siglo XIV la tasa era de 110 asesinatos por 100.000 personas al año, si lo comparamos con la tasa de 1 asesinato por cada 100.000 habitantes en el Londres de mediados del siglo XX. Tasas similares encontramos en Alemania, Suiza, Italia, Países Bajos y Escandinavia.²⁶ Pinker afirma que una de las razones de esta disminución es el proceso gradual de maduración cultural y psicológica. La cultura del honor (venganzas) ha dado paso a la cultura de la dignidad (controlar las propias emociones).

TEORÍA DE LA RESPUESTA HOMICIDA: EL HOMICIDIO COMO ESTRATEGIA DE SUPERVIVENCIA

En la fría y calculadora lógica de la evolución,
a veces matar es ventajoso.

DAVID BUSS

La crueldad y la venganza son propias de nuestra humanidad y se relacionan con los instintos heredados de nuestros antepasados,²⁷ es decir, ejercitar la violencia para luchar por la supervivencia, por la defensa del territorio o por la familia. Pero, además, el hombre mata por placer y a sangre fría, y esto nada tiene que ver con su instinto, sino con su decisión racional de matar en busca de determinados intereses. Aunque suene extraño, matar es una capacidad esencial de nuestra condición humana. No todos actuamos del mismo modo, pero tenemos que asumir que somos capaces de causar la muerte a otros por

muy diferentes motivos, en determinadas circunstancias o en contextos fuera de lo habitual. Sin embargo, aunque todos tengamos esta capacidad, no todos podríamos cometer un asesinato. Una cosa es matar y otra es asesinar, ya que esto supone quitar la vida de una determinada manera.

David Buss hizo un experimento en una de sus clases con treinta estudiantes universitarios. Les preguntó directamente si en alguna ocasión habían pensado en matar a otra persona. La gran mayoría respondieron que sí. Y lo que más le sorprendió fue la intensidad de las **fantasías homicidas** de sus alumnos.

Buss²⁸ asimismo defiende que durante millones de años el homicidio ha sido un instrumento funcional. Ha servido para resolver diferentes problemas de carácter adaptativo del sujeto, con su entorno y con otros individuos como evitar la muerte del propio asesino, hacer desaparecer a rivales (y, de este modo, a su posible descendencia), obtener recursos, como respuesta ante una amenaza, para mantener su reproducción, proteger su territorio y sus medios de subsistencia, y, finalmente, para conservar su estatus de reconocimiento social.

David Buss, psicólogo y sociólogo, miembro de la American Psychological Association (APA), postula que el homicidio es una respuesta adaptativa de nuestra especie. El ser humano, ante las mismas pasiones y los mismos impulsos, reacciona casi de un modo invariable a lo largo de la historia.

Durante gran parte de la historia, hemos vivido en pequeños grupos jerarquizados en los que todos los humanos se conocían y en los que cada sujeto ocupaba su lugar. El estatus era importante, sobre todo para los hombres, de modo que si perdían la confianza y el respeto del resto de los miembros de su grupo, aparecían ante los demás como sujetos débiles. Esto suponía un peligro para ellos a la hora de obtener recursos o una pareja; es decir, **peligraba su supervivencia y su reproducción**.

En las sociedades paleolíticas, el bien raíz era la mujer, ya que era necesario que nacieran tres niñas por cada mujer fértil, porque de estos nacimientos dependía la supervivencia de la comunidad.²⁹ En estos grupos había de 50 a 200 sujetos y su vida media era de 20 años.³⁰ En el Neolítico, en cambio, el bien raíz era la tierra y los grupos ya estaban formados por miles de individuos, que defendían su territorio y sus recursos.

Ya en 2005,³¹ Buss afirmó que nuestra especie ha desarrollado, a través de la evolución, potentes adaptaciones psicológicas que facilitan el comportamiento homicida para obtener determinados fines. Así, el homicidio no solo es una estrategia que nos ha permitido sobrevivir, sino que además nos ha permitido evolucionar, siendo una respuesta adaptativa, eso sí, **solamente bajo determinadas circunstancias**. No estamos ante una teoría que defienda el homicidio, ni el hecho de que tengamos un impulso agresivo por el que debemos guiarnos. Se trata de verlo desde el punto de vista de la psicología evolucionista, buscando los orígenes de la conducta violenta del ser humano. No olvidemos que en la activación de una respuesta homicida o en su inhibición juegan un papel protagonista el entorno, la crianza, determinados rasgos de la personalidad e incluso determinadas consideraciones neurológicas.

Buss afirma que hay dos condiciones que hacen que el hombre recurra al homicidio como táctica evolutiva. La primera, en el caso de la pérdida o amenaza de su pareja sexual, y la segunda, ante la desvalorización de su estatus dentro de un grupo social, como consecuencia de determinadas humillaciones públicas. Así, el hombre percibe el abandono por parte de su pareja como un triunfo por parte de su enemigo y una humillación que le lleva a degradar su estatus social. Sin embargo, en el caso de las mujeres, el homicidio tiene una función instrumental y práctica: lo más habitual es el infanticidio, que también es una respuesta a su adaptación evolutiva: la escasez de recursos impide que pueda mantener a su descendencia y, en determinadas ocasiones, la progenie le imposibilita obtener recursos más óptimos, por lo que el homicidio es su única salida.

En el siglo xvii, Hobbes ya consideró estos aspectos, incorporados en nuestro proceso evolutivo:

Así pues, encontramos tres causas principales de riña en la naturaleza del hombre. Primero, competición; segundo, inseguridad; tercero, gloria. El primero hace que los hombres invadan por ganancia; el segundo, por seguridad, y el tercero, por reputación. Los primeros usan de la violencia para hacerse dueños de las personas, esposas, hijos y ganado de otros hombres; los segundos, para defenderlos; los terceros, por pequeñeces, como una palabra, una sonrisa, una opinión distinta, y cualquier otro signo de subvaloración, ya sea directamente de su persona, o por reflejo en su prole, sus amigos, su nación, su profesión o su nombre.

THOMAS HOBBS,
Leviatán, capítulo XIII, 1651

LA CAPACIDAD DE MATAR DEL SER HUMANO:
ESTAMOS DISEÑADOS PARA MATAR

Los humanos matan porque están diseñados para hacerlo.

JULIA SHAW

Cuando nos hablan de la maldad desde la filosofía y la religión, nos advierten que debemos cuidarnos de determinados «monstruos», como asesinos, violadores o terroristas. Y lo hacen siempre desde el punto de vista de «los otros», como si nosotros no tuviéramos un lado oscuro. Creer que los malos siempre son los demás es renunciar a una parte de nuestra propia humanidad, porque la maldad es algo cotidiano y de diferente intensidad: todos mentimos, engañamos, nos hemos llegado a aprovechar de alguien e, incluso, le hemos provocado dolor.

La científica psicológica Julia Shaw afirma que todos nosotros somos capaces de matar, y coincido con ella al cien por cien. Creo que solo es necesario un contexto determinado y

unas circunstancias muy concretas. Shaw parte de esta premisa: «Nos encanta matar. Lo cual está bien porque necesitamos hacerlo para sobrevivir. ¿Tenemos hambre? Matemos algo para comer. ¿Estamos enfermos? Matemos las bacterias antes de que ellas nos maten a nosotras. ¿Algo nos hace sentir amenazados? Matémoslo en defensa propia. ¿No sabemos muy bien qué es? Matémoslo de todos modos. Por si acaso».³² Y continúa con esta idea: nuestra especie es una **superdepredadora**, ya que los seres humanos matamos a más especies (en cantidad y diversidad) que cualquier otro depredador del planeta. Incluso con determinadas conductas, los seres humanos pueden llegar a disfrutar del sufrimiento de los demás.

Matamos tanto que alteramos los procesos ecológicos y evolutivos a nivel global.³³

Los asesinos no son maestros ni genios del mal, y la gran mayoría de ellos son como cada uno de nosotros. El ser humano es muy complejo y ninguno somos completamente buenos o malos, sino que bondad y maldad conviven en nuestro interior. Sin embargo, a pesar de tener esa capacidad para dañar e incluso acabar con la vida de otra persona, no significa que actuemos en consecuencia. Aceptar esa capacidad nos hará entender mejor cuáles son los factores que nos pueden empujar a asesinar, y por qué unas personas lo hacen y otras no.

Shaw aún va más allá. Alega que no hay tantas diferencias entre un asesino en serie y cualquiera de nosotros. En su libro *Hacer el mal: Un estudio sobre nuestra infinita capacidad para hacer daño*, determina que «quizá la única diferencia que existe entre nosotros y un asesino en serie es una corteza prefrontal en pleno funcionamiento que nos permite inhibir comportamientos, que ellos no pueden refrenar».³⁴

A partir de los estudios de Reimann y Zimbardo (2011), Shaw determina cómo funciona el mal desde el punto de vista de la neurociencia. Ambos investigadores localizaron la «cuna

del mal» en determinadas partes concretas del cerebro, y determinaron varias fases:

- Desindividuación. El sujeto deja de pensar como individuo independiente y se siente parte anónima de un grupo; piensa entonces que ya no es personalmente responsable de sus actos, lo que «se relaciona con una disminución en la actividad de la corteza prefrontal ventromedial. Esto queda asociado a la agresión y a una pobre toma de decisiones, lo que puede llevar a un comportamiento desinhibido y antisocial». ³⁵
- Deshumanización. Deja de verse a la otra persona como un ser humano; incluso se llega a ver a los demás como malvados que, además, pueden representar una amenaza para uno mismo o para su grupo. En esta fase hay un aumento de la actividad en la amígdala, que es la parte de nuestro cerebro que controla las emociones, y se pueden encender sentimientos como la rabia y el miedo.
- Comportamiento antisocial. Las emociones experimentadas hacen que se disparen otro tipo de sensaciones y que el organismo se prepare para pelear, para huir o para sobrevivir.

Las investigaciones han demostrado que los asesinos violentos y los psicópatas pasan por estas tres fases antes de cometer un asesinato.

FACTOR D: LOS NUEVE RASGOS OSCUROS DE LA PERSONALIDAD QUE DEFINEN LA MALDAD

¿No es el mal el elemento más verdadero de la satisfacción humana, el estado psicológico al que el hombre más profundamente aspira y se siente inexorablemente deseoso de abrazar? Constituyendo una fuente de vitalidad y energía espontáneas, la maldad difumina la frontera mundana de la existencia «normal», galvanizando los sentidos y llevando vibraciones positivas al mun-

do. Es una faceta del carácter humano que disfruta en la oscuridad de la mente y sobre la que descansa la mayor parte de su vida. El mal procura la intoxicación sin estimulantes artificiales.

IAN BRADY, asesino en serie.

Extraído de su libro *The Gates of Janus*, 2015, p. 63

La maldad tiene muchas caras y no todas las personas malas o malvadas son iguales. Lo que más caracteriza a la maldad es la búsqueda constante del propio beneficio, en detrimento del bienestar y de los derechos de los demás. No siempre es tan llamativa ni tan mediática como en los casos de asesinos en serie o de violentos psicópatas. En muchas ocasiones es sibilina y silenciosa, y está más cerca de lo que creemos: madres que maltratan a sus hijos, niños que acosan a sus compañeros, directivos de empresas que terminan provocando el suicidio de algunos de sus empleados, políticos que llevan a la ruina y al caos social a un país entero, etc.

Desde 1950, diversos investigadores han estudiado muchos rasgos oscuros de la personalidad, que incluyen **el desprecio por la vida y el bienestar de otras personas**, conocidas o desconocidas. La pregunta que cabe contestar es: ¿hay en la maldad humana un factor general que está presente en cada uno de nosotros pero en diferentes grados? Parece que es así y está formado por lo que se ha venido en llamar «los nueve rasgos oscuros». Aquellos sujetos que puntúen³⁶ más alto serán los que tengan los comportamientos más agresivos, incluyendo el asesinato.

En 2018 se publicó el artículo «The Dark Core of Personality»,³⁷ un estudio científico de investigadores alemanes (Universidad de Ulm) y daneses (Universidad de Koblenz-Landau), que sugiere que características como el egoísmo, la psicopatía, el sadismo, el rencor o el narcisismo comparten un **núcleo común** al que denominan «factor oscuro de la personalidad» o **factor D** («D» de *dark*, «oscuro»). Podemos pensar que es mucho más habitual que una persona sea rencorosa o egoísta antes que psicópata, pero este estudio demuestra que hay una misma tendencia³⁸ y que los aspectos oscuros de la personalidad están relacionados entre sí.

Esta investigación revela que existe una predisposición³⁹ por parte de ciertas personas a llevar a cabo conductas que perjudican a otros y que son identificables por una serie de rasgos que están relacionados con patrones concretos de comportamientos dañinos y lesivos. En este caso se deja a un lado la biología, así como las explicaciones sociológicas que determinan qué razones pueden conducir a una persona a cometer un delito, incluso a matar, y se centran solamente en la psicología de la personalidad.

El factor D supone la tendencia a vivir solo interesado en cumplir los propios objetivos, deseos, motivaciones y expectativas, por encima de cualquier otra persona o circunstancia, e incluso se llega a disfrutar con el daño que se causa a terceros. Implica:

- Maximizar la utilidad de otras personas haciendo lo que sea necesario para obtener lo que se quiere, sin valorar el daño que puedan causar.
- Intencionalidad, manipulación y utilización de los demás para lograr sus propósitos.
- Conjunto de creencias internas que justifican sus actos y su conducta, y así evitan sentir vergüenza o culpa.

Queda demostrado que el factor D es un elemento común que aparece en los siguientes **rasgos oscuros** de la personalidad. Quienes lo tienen se consideran superiores al resto, defienden ideologías que favorecen el dominio sobre los demás y creen que el mundo es una jungla regida por la competitividad:

1. **Egoísmo.** Preocupación excesiva por saciar los propios intereses. Actúan sin tener en cuenta las repercusiones de sus palabras y actos sobre los demás. El ego ocupa tanto espacio que no empatizan con las personas con las que interactúan.
2. **Maquiavelismo.** Manipulación, frialdad emocional y absoluta creencia en la máxima de que el fin justifica

los medios empleados. Supone una mentalidad estratégica para la búsqueda y consecución de los propios intereses.

3. **Falta de ética y de sentido moral.** Desde el punto de vista cognitivo, no sienten remordimientos ante actos que carecen de ética y de moral.
4. **Narcisismo.** Admiración desmesurada por sí mismos, bien por sus características físicas, su capacidad intelectual, sus logros profesionales o por determinadas cualidades. Necesitan una atención y una admiración constantes.
5. **Derecho psicológico.** Convicción recurrente de que son merecedores de más derechos que los demás, de recibir un mejor trato y unas concesiones que el resto no se merecen.
6. **Psicopatía.**
7. **Sadismo.** Infligir dolor a los demás, físico o psicológico, para obtener placer y sensación de dominio sobre otra persona.
8. **Interés social y material.** Búsqueda de ganancias de diferente naturaleza: materiales, estatus social, económicas, reconocimiento, éxito, fama, etc.
9. **Rencor o malevolencia.** Disposición para dañar a otros (social, financiera, físicamente), aunque esto conlleve dañarse a sí mismos. Implica conductas como la agresión, el abuso, el robo, la humillación, etc.

A pesar de que todos los rasgos oscuros de la personalidad se relacionan entre sí, las correlaciones más intensas están entre egoísmo, maquiavelismo, falta de ética y sentido de la moralidad, psicopatía, sadismo y rencor. Zettler, uno de los autores de esta investigación, afirma que el conocimiento de este factor D puede ser un instrumento útil para evaluar la posibilidad de que una persona reincida o que haya una escalada de violencia y cometa delitos más graves.

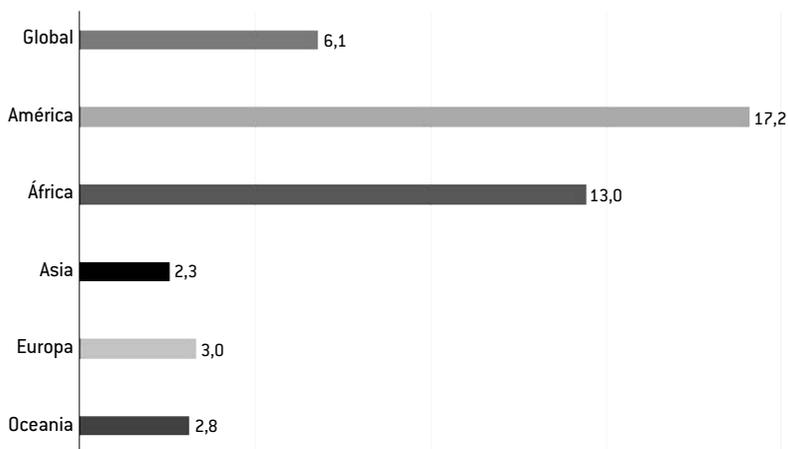
En las sociedades modernas, el homicidio está considerado la manifestación más violenta del comportamiento criminal,⁴¹ y en todas ellas está castigado, a pesar de las diferentes definiciones o matices. Para esta conducta criminal se imponen las penas más graves como la privación perpetua de libertad o la pena de muerte.

Desde que comenzaron las leyes escritas, tanto el homicidio como el asesinato se han considerado un crimen. Cuando este ha quedado impune o cuando se ha justificado, se ha convertido en la mayor causa de mortalidad en determinados momentos de nuestra historia. Hoy existen países donde el asesinato es responsable de unas tasas de mortalidad elevadas. Sin embargo, el homicidio ha ido disminuyendo de manera constante a nivel global: mayor presencia policial, comunicaciones y vigilancias, sistemas penales más estrictos, etc.⁴² En Estados Unidos, por ejemplo, han disminuido considerablemente: en 1993 la ratio era de 24.760 homicidios y en 2018, de 14.123.⁴³

Actualmente, la tasa global de homicidios en todo el mundo está próxima a las 6,1 muertes por cada 100.000 habitantes. En cambio, existen diferencias muy extremas a nivel global. Esto no significa que las personas de determinados países sean más violentas que otras, o que se trate de países inherentemente más violentos. Como sabemos, la violencia en cada país y en cada lugar del mundo depende de una compleja interacción entre distintos factores sociales, económicos, políticos e institucionales: cultura y niveles de opresión de ese país, acceso a las armas, conflictos políticos, sociales y económicos, nivel de renta per cápita y PIB, etc.

España está por debajo de la media Europa, con una tasa del 0,66 %, de modo que no llega a los 400 homicidios al año. En 2000, la cifra ofrecida por el Ministerio del Interior fue de 553 homicidios. La tasa ha disminuido un 38 %, así que en nuestro país es más fácil morir de otras causas que por ser víctima de un homicidio o un asesinato. Quédense tranquilos.

**TASA DE VÍCTIMAS DE HOMICIDIO INTENCIONAL
POR CADA 100.000 HABITANTES**



Víctimas de homicidio intencional por cada 100.000 habitantes

Fuente: elaboración propia a partir del Estudio Global sobre Homicidios, 2019. Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC).